



PAUL VEYNE

SEXO *y* PODER
en ROMA

Paidós origenes

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Un prólogo, naturalmente](#)

[Primera parte. ¿Qué es ser romano?](#)

[Cuando Roma dominaba el mundo](#)

[¿Qué es ser romano?](#)

[Lo que queda de Roma](#)

[Los paganos y sus dioses](#)

[Segunda parte. Dinero y política](#)

[Política y corrupción: ¡Aún tenemos que...](#)

[El Imperio romano era una mafia](#)

[La obscenidad y el «folclore» entre los romanos](#)

[Tercera parte. La muerte como espectáculo](#)

[Antigua Roma: el suicidio no era inmoral](#)

[Los gladiadores, artistas malditos](#)

[Los gladiadores o la muerte como espectáculo](#)

[Cuarta parte. La pareja y la sexualidad en Roma](#)

[Las bodas de la pareja romana](#)

[Día de boda en Pompeya](#)

[El aborto en Roma](#)

[La homosexualidad en Roma](#)

[Elogio de la virilidad](#)

[Orientación bibliográfica](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Com-

parte

SINOPSIS

Si creyéramos a Ovidio, los romanos magnificaban el amor y la sexualidad. Pero no eran tan libres como nos hacen pensar sus elegías, sus poemas eróticos y sus estatuas.

En este libro, Paul Veyne nos proporciona una imagen de Roma totalmente distinta: la de una sociedad llena de tabúes, en la que coexiste el refinamiento aristocrático con la brutalidad; la virtud republicana y la violencia erigida en espectáculo; entre la justicia y la ley del Talión.

De este modo, el autor nos muestra un mundo lleno de luces y sombras y nos revela las múltiples facetas de los romanos en relación con la política, el dinero, la pareja, la sexualidad, la vida y la muerte.

PAUL VEYNE

SEXO Y PODER EN ROMA

Prólogo de
Lucien Jerphagnon



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Un prólogo, naturalmente

Este prólogo, no obstante, arrancará con un texto inédito hasta la fecha.

En aquellos tiempos vivía un historiador especializado en el pensamiento antiguo que, a punto de emprender un largo viaje, metió en su maleta un libro recién publicado cuyo título no dejaba de intrigarle: *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?* [¿Creyeron los griegos en sus mitos?].

El autor, un sabio de primer orden, no era en modo alguno un desconocido para él: había leído algunos textos suyos, que citaba en sus propios estudios. Por ello, sentía curiosidad por saber qué respuesta había dado el docto maestro a pregunta tan peliaguda, que desde hacía varios años también suscitaba su interés. Desbordando conceptos, insoluble a cualquier dialéctica, esta cuestión se había resistido a la alquimia de los filósofos, habitualmente dedicados a la transmutación de los misterios en problemas. Vislumbraba una respuesta, sí, pero algo le impedía asumirla por entero y utilizarla. No conseguía, es cierto, situar esa sencillez con un mínimo de complicación conceptual, como conviene en filosofía. El título, como se decía en aquellos tiempos, le interpelaba. Corroído por la impaciencia, y sobre todo por lo mucho que apreciaba el estilo de este historiador excepcional, le parecía que una voz le susurraba al oído: “¡Cógelo y léelo!”. Aunque bastante familiarizado con san Agustín, no se decidía a alejarse demasiado del *pastiche*.

De modo que una mañana, el historiador de la filosofía abrió el libro y dedicó el día a leerlo. Se detenía en un pasaje, volvía sobre otro, le asaltaba aquí y allá por una risa que calificaba de homérica y de nuevo se sumía en su meditación. Llegada la noche, se hizo la luz en su mente, expulsando a los monstruos conceptuales que el insomnio de la razón había engendrado. Estaba claro que sí: ¡sus queridos griegos, sus queridos romanos, creían en sus mitos! Siempre lo había sospechado, pero ahora sabía por qué, y sobre todo cómo. Aquella noche tuvo la impresión de que se acostaba menos [...] ¹ de como se había levantado, y el júbilo le inspiró la idea de expresar su agradecimiento al autor. Cuando al romper del día apareció la aurora de rosados dedos, el filósofo tomó la pluma y confió al sabio historiador lo que en su mente anidaba. Es digno de señalar que no pasaron

muchos días antes de que recibiera una respuesta que trascendía, y con mucho, la evasiva cortesía habitual en los ambientes universitarios.

De esta misiva de seis páginas se desprendía, entre otros aspectos no menos sustanciosos, que ambos, historiador y filósofo, tropezaban con la misma dificultad, que del mismo modo se habían abstenido de proponer la solución, al tiempo que se habían visto impelidos de la misma forma a esbozar una interpretación. Así, resultaba que el historiador era un entusiasta de la filosofía en la misma medida que el filósofo lo era de la historia. Y si se considera que la pasión por la Antigüedad griega y romana surgió en ambos a la edad de 12 años, ¿cómo negarse a ver ahí una señal de la providencia de los dioses?

Desde aquellos días, los dos estudiosos observaron al mismo grupo humano cada uno desde su punto de vista, cómo vivían, trabajaban, se distraían, cómo gobernaban y oraban, reían y morían, e intercambiaron certezas fulgurantes, intuiciones y asombros. Y cuando, como es tradición entre los sabios, llegaba la ocasión de hablar de la naturaleza de los dioses, siempre era la naturaleza de los hombres lo que mayor inquietud les causaba: la naturaleza de los hombres cuando se aventuran a disertar acerca de la naturaleza de los dioses. ¡Tan valiosos son para los sabios, si se puede decir que existen, los testimonios recogidos de boca del hombre que ha visto al hombre que ha visto a Zeus!

Y así es como se inició la correspondencia postal entre un historiador filósofo y un filósofo de la historia, separados por kilómetros de distancia, como ya hicieran antaño Plinio y Tácito, durante veintidós años, sin llegar a verse nunca.»

¿Hay leyendas en las verdades? ¿Hay verdad en las leyendas? Ésta puedo garantizarla al cien por cien: así es como los hechos ocurrieron. Y la verdad es, junto con la amistad, el único título al que podría apelar si tuviera que justificar mi presencia encabezando estas páginas. Paul Veyne dedicaba sus días a mirar la vida y el pensamiento de los griegos y los romanos; yo dedicaba los míos a verlos pensar y vivir. Mirábamos ambos lo mismo desde dos puntos de vista diferentes, pero de manera complementaria. Tal como yo le veía enfocar cosas y personas, acontecimientos y vida cotidiana, sabía que aunque arrancábamos de puntos distintos del horizonte, acabaríamos por coincidir. Paul Veyne sabía que un historiador que careciera de un bagaje

serio en filosofía —y la sociología, con la que está familiarizado, se incluye en ella— apenas llegaría a componer un inventario de batallas y tratados, empeñado en encontrar en todo ello un principio de coherencia. En mi caso, enseguida supe que un filósofo escasamente instruido en historia se limitaría a desgranar conceptos, legislando en el vacío sobre su trama supuestamente intemporal. La historia sin la filosofía, la filosofía sin la historia equivalen a una sucesión de generalidades, a una ristra de abstracciones mientras que de una época a otra —y se necesita poco tiempo para ello— las palabras y las cosas van cambiando, así como la idea que nos formamos al respecto, o el ideal que nos construimos. ¿Quién puede decirme que la palabra «dios» tiene el mismo coeficiente de trascendencia en el politeísmo grecorromano y en el monoteísmo judeocristiano? ¿Y quién defenderá que «libertad» quiere decir lo mismo en boca de un estudiante del 68, en la de Robespierre en 1792 y en la de Peto Thraseas, a quien los dioses llamaron consigo por iniciativa de Nerón? Por eso afirma Paul Veyne: «Las ideas generales no son ni verdaderas ni falsas, ni justas ni injustas, sino hueras». ² Es poco menos lo mismo que aprender a nadar por correspondencia.

Este historiador es asimismo un fenomenólogo del alma como lo soy yo en la medida que ambos decimos: el filósofo no se detiene hasta haber descubierto, guiado por su instinto de detective, en qué trayecto de la conciencia, individual y colectiva, surgió determinada conducta en tal momento. Y lo mismo cabe decir sobre las ideas que uno se formará al respecto, sobre los juicios de valor que emitirá sobre ella conforme pase el tiempo. Aunque Paul Veyne constata el «divorcio perpetuo entre la especulación y la erudición», ³ ello no impide que haya logrado la fórmula de conciliación. Y de sus libros he sacado gran provecho, dejando de lado el pequeño berrinche por no haberla encontrado yo mismo.

Así ocurre con la historia: «Un caos —dice— en que nada se repite, sino donde cada figura del caleidoscopio se nos aparece como una generalidad en sí misma». ⁴ Eso es lo que conviene sustraer siempre del dogmatismo instintivo, naturalmente anacrónico, en el que nos arriesgamos a caer al proyectar nuestra época —ni una anterior ni otra posterior—, tentados como estamos de convertir el instante fugaz y las certidumbres que se hallan en él como algo absoluto. Hemos ido «al fondo de las cosas», y eso sólo podía ocurrir al final de una larga historia: esta mañana, como quien dice.

Contra todo eso justamente nos inmuniza este libro. A quienes les apetezca saber mejor lo que ya creen saber —o saber bien— acerca de Roma y de los romanos encontrarán aquí datos para reelaborar su panorámica. Es un poco como cuando uno recupera la salud después de un tratamiento, pero más divertido, ya que con Paul Veyne no cabe el aburrimiento.

Aunque, en realidad, ¿en qué romanos están ustedes pensando? ¿En los romanos de Roma o en los de algún poblacho perdido de África, como esos que cruzan los personajes de Apuleyo durante esa locura ubuesca y, sin embargo, mística que es *El asno de oro*? ¿Qué derecho rige en esos mundos? ¿Qué relaciones mantienen con los dioses? ¿Qué ocurre con la política, con las relaciones sociales, con el equivalente a nuestros impuestos? ¿Cuáles eran sus ideas acerca del matrimonio del divorcio? ¿Y qué más? ¿Y la homosexualidad y el aborto? Y, desde luego —*panem et circenses*—, los juegos. Etc.

Cito todo deliberadamente en desorden para que fluyan a borbotones imágenes e ideas —lo cual a menudo es lo mismo—, algo en lo que uno cree a pies juntillas, como todo el mundo, y de lo que uno estará encantado de desprenderse. Porque en la mente del lector se ha levantado otra Roma en la que actúan unos romanos distintos de los

que hemos visto en el cine. En este libro, una civilización nos permite ver en su realidad vestigios enterrados demasiado tiempo bajo la lava de los tópicos, bajo las cenizas de los clichés, unos vestigios más conmovedores que todos esos sueños. Ésa es la Roma que asediará su memoria cuando vea o vuelva a ver, bajo el mismo cielo que contemplaban los viandantes de entonces, el teatro de Marcelo, el arco de Septimio Severo, la basílica de Majencio, donde los gatos se apiñan, descendientes de aquellos que, según nos cuentan, trajo Pompeyo de Egipto. Las piedras de esos mundos que se extienden a lo largo de doce siglos le parecerán ahora al lector más elocuentes.

LUCIEN JERPHAGNON

Miembro de la Academia de Atenas

Primera parte
¿Qué es ser romano?

Cuando Roma dominaba el mundo [1](#)

L'HISTOIRE : *Es usted profesor honorario del Collège de France, especialista indiscutido de la civilización romana. ¿Por qué Roma?*

PAUL VEYNE : A veces me he preguntado si me he dedicado a la historia de la Antigüedad porque amaba Roma o si amaba Roma porque me permitía estudiar la Antigüedad...

Entre los especialistas en la Antigüedad existe cierta inclinación por un tipo de investigación en que, lejos de quedar desbordado por una masa ingente de textos como ocurre a partir del siglo XVIII , uno se esfuerza en extraer algo relevante de documentos raros y fragmentarios. Podemos descubrir en ellos tal o cual indicación que se cree característica de la época. Eso es lo interesante de este oficio, esa parte dejada al arbitrio de la intuición.

Además, en el mundo grecorromano me siento a mis anchas por varias razones. Una es lo mucho que me atrae su religión sin Iglesia. Luego, la fascinación que me causa un arte que está, y con razón, tan cerca del arte italiano, y que es tan diferente de las artes germánicas. Por último, la Antigüedad se caracteriza por la ausencia de un criterio que le dé identidad: es una civilización mundial difundida por doquier, la versión en latín de la civilización griega. De ahí la ausencia de dramas étnicos, pues todavía no se ha producido esa coincidencia de etnia y Estado que se ha dado en llamar «la nación». ¡Un alivio!

Habla usted de civilización grecorromana, ¿es exactamente lo mismo?

Sí, del mismo modo que si usted viaja hoy a Japón oír a Beethoven, verá a la gente trabajando con ordenadores estadounidenses, sin que eso plantee ningún problema, ya que para los japoneses la gran civilización es la civilización mundial, que es anónima. No la ven como una intrusión de lo extranjero, ya que se trata de la civilización, es su civilización, y no quieren dejar la exclusiva a sus iniciales detentadores, los occidentales. Me parece una visión muy justa de las cosas. Las civilizaciones no tienen patria.

No obstante, usted eligió Roma en lugar de Grecia...

Me habría interesado Grecia, sí, pero la Grecia helenística de Alejandro y de sus herederos, a partir del siglo IV antes de nuestra era, en el momento en que precisamente se convierte en una civilización mundial, es decir, a escala de la cuenca mediterránea en un sentido amplio: desde el Indo, de un lado, hasta lo que hoy es Rabat, del otro. Pero para crear la Escuela Francesa de Atenas se requería tener unas habilidades y un gusto por los objetos y las excavaciones de los que carezco por completo. Una vez participé en una excavación y lo hice muy mal.

¿Quiere eso decir que cuando se carece de un temperamento de arqueólogo es preferible estudiar la historia de Roma?

En aquella época sí lo era, pues la Escuela de Roma era una cabañita adormilada, sin ningún crédito, sin ningún brillo, las excavaciones eran apenas un simulacro, y se tenía plena libertad para hacer lo que uno quisiera.

Cuando entré en la Escuela Normal Superior, en 1951, estaban en plena fase mística, convencidos de que íbamos a hacer la revolución en los estudios históricos. Era la época en que los *Anales* estaban en auge, pero todavía no eran todopoderosos, al contrario: ¡casi se nos pedía un puro sacrificio! Teníamos la impresión de ser misioneros, de que seríamos pobres, desdichados, que viviríamos en un grane-

ro y que gracias a nosotros, anónimos y menesterosos, la causa de los *Anales* triunfaría... Yo estaba entusiasmado, ¡me afilié al Partido Comunista! Y si hubiese podido entrar en alguna orden religiosa, ¡creo que también lo habría hecho!

¿Qué le llevó a Ulm?

Viví la guerra y mis años de infancia —nací en 1930— en Nimes, donde quedé fascinado por las antigüedades. El conservador del Museo Arqueológico, sorprendido al verme dando vueltas por las salas, me llamó y me ofreció instruirme. Yo procedía de un ambiente modesto: mis abuelos eran agricultores; mi padre, empleado de banca, y luego negociante de vinos. Yo fui el primero de mi familia en acceder a la universidad.

¿Qué era lo que le fascinaba del Museo Arqueológico de Nimes? ¿Lo antiguo, lo ya desaparecido?

Sí, lo ya desaparecido. Delante de cualquier objeto antiguo podemos sentir el abismo de ese tiempo pasado, un abismo irreparable. No hacemos otra cosa que prolongar la Edad Media, que aún está viva, seguimos utilizando las iglesias... La Antigüedad es como un meteorito... yo, como todos los niños, soñaba con ella igual que todos esos niños que sueñan con diplodocus o estrellas apagadas.

¿Qué leía en esos años?

En casa no había libros y durante la guerra era difícil encontrar alguno. Por eso recuerdo con tanto detalle dos o tres: *Salambó*, y luego *La educación sentimental*, ambos de Gustave Flaubert, ese canto fúnebre a la vanidad de todas las cosas de este mundo donde sólo sobrevive la obra de arte. Creo que la actitud del historiador es de algún modo la misma, es la postura del esteta que envejece, que se aleja de las pasiones y de los valores contemporáneos, la

búsqueda de una pureza en la que uno mismo se ha despojado de toda pasión, de todas las nimiedades, en que ya no se ríe, en que no se llora más.

¿Con la idea de que lo que ya desapareció valía más?

¡Ah, no! Flaubert decía que se calumnia al propio tiempo por ignorancia de la historia.

¿Era entonces atracción por el exotismo?

¡Sí, si lo prefiere! Imagínese que en Roma la gente olía mal, pues iban a los baños igual que nosotros a la playa, no para lavarse; eran increíblemente zafios...

Lo que ocurre más bien cuando estoy sentado en mi despacho, trabajando, es que por fin me siento limpio. Es una actitud intelectual de despojamiento, que permite comprender, pero también es doloroso, es un pesar interior, puesto que no dejo de decirme: yo mismo un día, etc. Intento comprender qué hay que tener en la cabeza para llegar a decir o a escribir o a hacer tal cosa. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que no me indignen los combates de los gladiadores; pero lo fácil es indignarse y quedarse en eso. A mi juicio, resulta más interesante y más difícil dejar de atribuir a esas personas nuestros propios valores.

Guardémonos de creer que existe una evolución natural de las religiones hacia el monoteísmo. Tenemos derecho a considerar que la democracia es el mejor de los regímenes, y por supuesto que yo también lo creo, pero de nada sirve pretender encajar nuestros esquemas políticos en los de la antigua Atenas, donde las palabras poseían un sentido muy diferente.

Detengámonos en la religión. Usted ha dicho que es receptivo a la idea de una religión sin Iglesia. ¿En qué sentido la Iglesia es una creación criticable?

Es un partido totalitario.

Pero, las religiones antiguas ya tenían sacerdotes, ¿no?